

PRESENTACIÓN

Los espacios del mestizaje cultural

Nada más necesario, al reflexionar sobre el medio milenio de convivencia de América y Europa, que fijar la atención en los procesos de intercambio cultural, en los fallidos intentos de comprensión entre ambas partes y en la sorprendente realidad que fue la cultura criolla, fruto de mutuas influencias, de tenaz imposición de modelos y de reacciones de rechazo, rebeldía o premeditada marginación. Todo ello conforma ese fenómeno al que sólo por un afán de simplificación hemos dado en llamar aculturación, porque implica relaciones mucho más complejas que la simple adopción de patrones dados. Feliz o desdichada, la puesta en debate del término encuentro en sustitución de descubrimiento, ha llamado la atención sobre la existencia de dos sujetos en pugna y no de un poderoso agente actuante sobre materia inerte. Ideologías y mentalidades, instrumentos de trabajo y utensilios de la vida cotidiana, cosmovisión y rutinas colectivas, conformaron la nueva cultura latinoamericana, gestada en las etapas de paz como en los momentos de conflicto; y fue en la época colonial cuando se generó este proceso.

Los espacios físicos y mentales en que se produjo la confrontación y asimilación fueron tan variados como las actividades de la vida individual y comunitaria. Quizá nunca lleguemos a agotar el repertorio de las situaciones en que pudo realizarse un intercambio cultural, pero bien vale la pena el intentar al menos una aproximación. Los temas

tradicionales de la historia política nos hablaron, durante largos años, de alianzas, guerras y sumisiones; el auge de la historia económica abrió nuevos campos, al plantearse preguntas relacionadas con los modos y las relaciones de producción, con los mecanismos de distribución y consumo y con los procesos de acumulación. La historia de la cultura se ocupó de las manifestaciones artísticas y literarias, de la participación de los diferentes grupos étnicos y sociales en la creación de un gusto estético peculiar y de la conformación de un acervo común de elementos culturales.

Hoy queremos aproximarnos a los espacios de la vida cotidiana, de las mentalidades y de las relaciones familiares. Religiosidad y cosmovisión, marginación social y repudio moral, convivencia urbana y segregación étnica, fueron también manifestaciones de una actitud social, que a su vez era fruto de una nueva situación y de una forzada convivencia entre gentes de distintos orígenes y que ocupaban posiciones diferentes en la escala jerárquica de la vida colonial. Por algo los viajeros europeos que visitaban la Nueva España advertían las profundas diferencias con la metrópoli. Es cierto que faltaban muchos años para que los americanos reconociesen orgullosamente su pasado indígena, pero éste no dejaba de estar presente, en el habla cálida y cortés, en la sazón de los alimentos condimentados con productos locales, en el vestido, las actitudes y las expresiones lúdicas de buena parte de la población, en los rasgos físicos y en los mitos y supersticiones.

Un balance general de la síntesis cultural debería de encontrar un punto de partida y otro de llegada. Para identificar el primero tendríamos que situarnos en las playas americanas, en el momento en que aparecieron por primera vez aquellas extrañas casas flotantes ante los ojos de los indígenas, al mismo tiempo que los curtidos marinos y aventureros españoles contemplaban una naturaleza exuberante y una población de lengua que les parecía ininteligible, de escaso

vestuario y de variable comportamiento entre hostil y amistoso. Las composiciones mentales que formaron unos y otros en ese primer contacto, mantendrían su influencia por mucho tiempo, pese a que posteriormente se enfrentaría con realidades contradictorias. A esto se refiere el trabajo de Georges Baudot, sobre “la imange del monstruo”.

La situación de llegada, que serviría para contrastar los elementos culturales considerados en nuestro estudio, se está produciendo aún hoy, puesto que ninguna cultura y ninguna identidad son objetos acabados, al menos mientras están vivos; pero podríamos fijarla bastante más atrás, antes de la masiva urbanización y del empeño por lograr un desarrollo industrial y una integración efectiva a la modernidad, antes de la ilusión del consumo desenfrenado y de la globalización de los medios de comunicación. La joven Teresa Urrea y sus fervorosos admiradores, indígenas, blancos o mestizos, podrían simbolizar el momento crítico de permanencia de algunos valores y decadencia de otros, de fracasada violencia y de desesperada adhesión a creencias sobrenaturales.



De los prejuicios a la toma de conciencia

Los dos primeros artículos, el de Georges Baudot y el de Silvia Pappe, se refieren a la incomprensión original entre los hombres del viejo y del nuevo mundo, como comienzo de un proceso en el que la pretendida imposición de un determinado modo de vida se convirtió en fermento generador de una rica gama de opciones vitales.

El espacio del encuentro fue el de la mutua recelosa observación, a la vez que el del contacto de culturas; pero nadie es capaz de conocer algo completamente nuevo, si no puede situarlo en función de algo ya previsto y sabido. De ahí las reacciones de ignorancia y rechazo, de ahí la creación de mitos, la deformación de la memoria común y la aplicación de estereotipos. Georges Baudot nos recuerda la forma en que la iconografía medieval atraviesa el Atlántico y reviste con caracteres fantásticos la naturaleza del suelo y de los hombres de América. Según subraya Silvia Pappé, la imposibilidad del diálogo estriba en la inexistencia del interlocutor, en la incapacidad del europeo para ver frente a sí algo diferente de su propia imagen y en la impotencia del americano para captar la humanidad de unos corazones que laten como los suyos y de un aliento que suspira como el propio, bajo las armaduras y corazas.

Si hubo creadores de monstruos en uno y otro lado, también en ambas orillas se recurrió con frecuencia a los prejuicios, como intermediarios en el conocimiento. El problema estriba en que los prejuicios son útiles y de uso continuo en la vida cotidiana, mientras que el descubrimiento de América planteaba una situación totalmente nueva, excepcional y sin precedentes. Así como la vida cotidiana está plagada de alternativas, que resolvemos mediante juicios provisionales basados en experiencias previas, la ruptura de la cotidianidad produce desconcierto y zozobra, porque la falta de referencias nos deja en la inseguridad y el desamparo. Esta fue la situación vivida por ambos protagonistas de aquel primer encuentro entre dos civilizaciones y dos mundos. La relación que se estableció entre la inseguridad y el miedo se fortaleció a lo largo del tiempo por la fuerza creciente de los dominadores y la sorda pero inalterable resistencia de los dominados. Si los mitos y los prejuicios sustituyeron al conocimiento real durante varios siglos, hoy tampoco podremos librarnos de ellos,

pero podemos conformarnos con reconocer los mitos como tales, las ideologías como lo que son y los prejuicios como una insidiosa presencia en el camino del conocimiento científico.



Los espacios del cuerpo y del alma, de la vida y de la muerte

El espacio urbano fue escenario privilegiado de todo tipo de mestizaje, y la ciudad de México, capital del virreinato, se convirtió en crisol de razas y culturas, experimento de convivencia y modelo de orden arquitectónico y social. Ya en el siglo XVII era evidente el estilo hispánico y renacentista de la urbe, pero de un hispanismo en gran parte diferente de aquellas villas y ciudades castellanas que nacieron durante la Edad Media. La pretendida segregación étnica nunca llegó mucho más allá de los planos y de las ordenanzas, el esplendor y la opulencia de unos cuantos contrastaba con la miseria de los demás, los palacios, que eran orgullo de los señores, estaban a poca distancia de las sórdidas vecindades y de los pobres jacales. Incluso el agua, elemento de primera necesidad para la vida humana, era causa de problemas, tanto por exceso como por defecto: las inundaciones arruinaban las casas, esparcían epidemias y trastornaban la vida cotidiana, mientras que la escasez de agua potable y su desigual distribución, marcaba diferencias entre los poseedores de fuentes propias y los que debían de abastecerse en las fuentes públicas.

Del espacio físico pasamos al espacio de la mentalidad y de las concepciones morales. Terreno éste propio de

controversias y desacuerdos, porque, al fin y al cabo, la moral no es más que la codificación social de las costumbres, y las costumbres, en el mundo hispánico, no siempre respondían a valores universales. Se juzgaban buenas o malas, adecuadas o inadecuadas, según de qué personas se tratase. La gravedad de una falta, como el mérito de una buena acción, dependían de las circunstancias. En el artículo de Marcela Suárez y Guadalupe Ríos, se trata de un proceso inquisitorial por el delito de blasfemia, una de las falta en que la doctrina teológica pretendía imponer la igualdad, pero en la que la práctica social seguía marcando diferencias. La acusada, mujer de carácter violento, conocida por su vida de prostitución y con fama de bebedora habitual, llegó a ser juzgada por sus costumbres más que por la falta cometida.

El espacio de la vida familiar, todavía poco estudiado, merece que se le dedique mayor atención y para ello es oportuno hacer un recuento de logros y perspectivas, precisamente ahora que se pretende lograr un conocimiento que abarque la antropología tanto como la demografía, la historia económica y la de las instituciones, la historia del derecho y la de la vida material y cotidiana. Abrir los espacios privados significa comenzar a saber cómo vivieron y pensaron la mayor parte de nuestros antepasados durante la mayor parte de su vida. Y es obvio que en esos espacios privados se realizaron gran parte de los intercambios culturales: la comida y la diversión, la enfermedad y las actitudes hacia el trabajo, el cuidado de los niños y de los ancianos, la vida conyugal y los conflictos generacionales, todo ello fue compartido por peninsulares, criollos, mestizos, indios, negros, mulatos y miembros de las castas.

No debía de faltar en este recuento el espacio de la muerte, tan presente en los actos de la vida colonial, tan solemne y amenazadora, tan universal como elitista. Porque nada hay menos cierto que aquello de que todos los hombres son igua-

les ante la muerte. La pompa de entierros y funerales, la suntuosidad de túmulos y panteones, la música fúnebre y los lutos de terciopelo, estaban reservados a los señores, a los nobles y a los ricos propietarios; los pobres se conformaban con la más modesta ceremonia y aun ésa la recibían gratis cuando siendo incapaces de costearla, los familiares se limitaban a sacar a la calle el cuerpo de sus difuntos o a dejarlos sigilosamente a las puertas de las iglesias.

En orden cronológico corresponde el último lugar al artículo de Saúl Jerónimo sobre el mito de Teresa Urrea y sus consecuencias para el gobierno de Porfirio Díaz y entre los pueblos del noroeste. Mito genuinamente nacional en el que participaron indios, mestizos y criollos, fue también síntesis de fanatismos religiosos, inconformidades sociales y descontentos políticos. Eminentemente popular, afectó, no obstante a intereses de grupo. Tradicional por el conjunto de concepciones que entraron en juego y por la forma en que se expresaron, fue, en fecha temprana, un anuncio de la más moderna revolución, la que derribaría a Porfirio Díaz y terminaría con un régimen patriarcal que mucho había heredado del orden colonial.

De ningún modo se han agotado los temas ni se han mencionado todos los espacios relativos al problema de la aculturación y de la resistencia cultural. Por el momento tenemos que conformarnos con estos apuntes y con la confianza en que futuros estudios demuestren lo que ya hoy vislumbramos: que la capacidad de respuesta indígena, sutil y flexible, persistente y tenaz, fue suficiente para insuflar nueva vida a unas creencias que se pretendían imponer como perfectas, acabadas e intocables, y a una cultura que un día fue ajena pero que terminó por volverse propia. A medida que nos conozcamos mejor, estaremos más preparados para dar la cara a ese Quinto Centenario sin frustraciones ni reticencias, sin festejos ni lutos, con la seguridad de que los antepasados

de los pueblos latinoamericanos aportaron a nuestra cultura lo mejor de sí mismos, sin esperar doblegados bajo el látigo a que nosotros viniésemos a redimirlos.

Pilar Gonzalbo Aizpuru